

sabio como al ignorante, al rico como al pobre, al magnate como al mendigo? Pongámonos de buena fe, y será preciso reconocer que por más poderoso que sea sobre nuestro corazón el ascendiente de la gloria, no alcanzó jamás á producir un efecto tan grande, tan universal, en situaciones y personas tan diferentes; pongámonos de buena fe, y descubriremos aquí el dedo de Dios.

Si los cristianos hubiesen sido pocos, y habitado todos en países muy vecinos, viviendo sujetos á las mismas influencias y durando su Religión muy corto tiempo, entonces no fuera tan contrario á razón el decir, que se introdujo entre ellos cierta exaltación de ánimo, y que se fué comunicando de unos á otros. Pero, ¡por todo el mundo y por espacio de tres siglos, y siempre la misma fortaleza, y siempre la misma constancia! Reflexione V., mi estimado amigo, sobre esta última observación, que ella sola basta para disipar todas las dificultades.

Paso ahora al otro punto indicado en la apreciada de V. relativo á la fuerza que puede tener el argumento fundado en la rápida propagación del cristianismo, á pesar de la horrible persecución á que por tanto tiempo estuvo sujeto. Dice V. que ya es cosa sabida que el mejor medio de hacer prosperar una causa y difundir una doctrina, es emplear contra ellas la violencia; pues desde el momento que sus defensores llevan en sus frentes la auréola del sufrimiento, excitan la admiración y entusiasmo en cuantos los contemplan, y arrastran un mayor número de prosélitos. Más de una vez he meditado sobre esto que V. y otros afirman sobre la fuerza propagadora entrañada por la persecución; y confieso ingenuamente, que ora haya escuchado los dictámenes de la filosofía, ora me haya atenido á las lecciones de la historia, jamás he podido persuadirme de que fuese un buen medio de apoyar una causa el perseguirla á sangre y fuego.

En esta parte hay mucha confusión de ideas y de hechos, que es necesario aclarar. Para lograrlo propondré separadamente algunas cuestiones de cuya resolución depende el

formar acertado juicio sobre la principal que se examina. ¿Es verdad que la vista de la persecución excite entusiasmo ó interés en favor del perseguido? A esta pregunta no se puede responder sin distinguir. O el perseguido no se puede responder como inocente, ó como culpable; en el primer caso, sí; en el segundo, nó. Lo más que podrá inspirar será compasión, pero ésta nada tiene que ver con el entusiasmo, ni el interés de que se trata. En lo que acabo de asentar no cabe duda; y de ello se infiere, que cuando se afirma en general que la persecución honra, que ilustra, que excita simpatías, se dice una verdad si se habla del que es mirado como inocente, y sólo con respecto á los que le consideran como tal; sólo á los ojos de éstos es un verdadero perseguido; á los de los otros, no tiene propiamente este carácter, no es una víctima de la persecución, sino un objeto de la vindicta pública. Resulta de lo dicho, que si en un país se suscita una persecución contra una causa ó una doctrina, si éstas son consideradas como justas y santas, los que por ellas sufran serán respetados y admirados; pero si son reputadas falsas, injustas, contrarias al bien común, entonces el castigo de los criminales lejos de excitar semejante admiración y respeto, inspirará á lo más sentimientos de estéril compasión en favor de los que se supongan ilusos, ó como suele decirse, engañados de buena fe.

No se hallaban por cierto los mártires cristianos en situación favorable, en ninguno de los sentidos que acabo de indicar. Profesando una religión diametralmente opuesta á todas las recibidas en la generalidad de los pueblos, predicando que el culto tributado á los dioses reinantes no era más que criminal idolatría, apartándose de las diversiones de los gentiles como de abominaciones nefandas, eran mirados con aversión, con odio, con execración; se los abrumaba de calumnias, se los consideraba como enemigos del resto de los hombres, como perturbadores de la sociedad; y para hacerles apurar las heces del cáliz, se les achacaba que en la celebración de sus misterios cometían

horrendos crímenes. Nadie ignora el frenesí con que se pedía la sangre de los confesores de Jesucristo: *los cristianos á las fieras, los cristianos al fuego*: éste era el grito que se levantaba por todos los ángulos del mundo. Cubiertos de insultos, de befa y de escarnio, mientras expiraban entre los tormentos más atroces, teníase á gran dicha si en las tinieblas podían salir de sus lóbregas moradas algunos hermanos que diesen sepultura al mutilado cadáver entregado por pasto á los brutos carniceros. Ahora, al contemplarlos sobre los altares, al oír que se les entonan himnos de alabanza, al saber que ciñen en el cielo la inmarcesible corona cuyos resplandores se reflejan en los cultos que se les tributan en la tierra, cuéstanos trabajo el concebir todo el horror de la situación en que se hallaban en los formidables trances de sus tormentos y muerte. Nó, no veían en torno de sí ese respeto, esa admiración que nosotros ahora les ofrecemos; veían sí el odio, el insulto, la calumnia, y lo que quizás es más doloroso para el corazón humano, la burla y el desprecio. Sólo Dios era su consuelo, sólo Dios era su esperanza; sólo Dios era su sostén en aquellos terribles momentos en que luchando con el mundo y consigo mismos, arrostraban impávidos la muerte por confesar la fe del Crucificado. No bastan para semejantes prodigios las causas naturales, no bastan los esfuerzos de la débil humanidad; á quien no se contente con semejantes razones le opondremos el famoso dilema: ó estaban sostenidos milagrosamente por el cielo, ó no lo estaban; si lo primero, entonces os halláis de acuerdo con nosotros; si lo segundo, os diremos que este es el mayor de los milagros, el hacer sin milagros cosas tan milagrosas.

Inferiremos de esto, que la constancia de los mártires no pudo estar sostenida por el placer de excitar admiración y entusiasmo; y así viene al suelo lo que pudiera decirse que los honores de la persecución ilustrando á las víctimas, contribuían á destruir el objeto que se proponía.

¿Es cierto que el perseguir una doctrina sea buen medio

para propagarla? La pregunta se presenta ya algo extraña á primera vista; sin embargo esto es lo que se dice á cada paso, contradiciendo abiertamente la filosofía y la historia. Si se afirmase que la verdad se abre paso al través de la persecución, el aserto sería muy diferente; pero pretender que la persecución misma haya de ser un vehículo, es un absurdo; á no suponer que de este vehículo se sirva para sus altos fines la infinita sabiduría del Todopoderoso.

El hombre ama naturalmente el bienestar, tiene un fuerte apego á la vida, un grande horror á la muerte; luego los tormentos y el patíbulo son poderosos resortes para apartarle de una causa que le exponga al riesgo de sufrirlas. Me habla V., mi estimado amigo, de «la belleza del sufrimiento, de la brillante auréola que circunda las sienes de la víctima que marcha serena á ofrecerse en holocausto;» todo esto es verdad, pero temo mucho que no sea muy á propósito para influir sobre la generalidad de los hombres; temo mucho que en la práctica no se ha de presentar la cosa tan encantadora y atractiva como se nos muestra en los libros. Y no me eche V. en cara que tengo el corazón poco sensible, que no comprendo toda la sublimidad de las acciones heroicas; la siento y la comprendo muy bien; pero tratándose de examinar la realidad, y no las ficciones, se me hace preciso atenerme á lo que estoy viendo en las páginas de la historia y me están enseñando las lecciones de la experiencia. ¿Cuántos son los hombres generosos que sacrifican su bienestar, su fortuna y su vida, por la causa de la verdad y de la justicia? Son ahora, y fueron en todos tiempos, muy pocos; y la misma admiración que nos inspiran es una prueba evidente de que tan heroica fortaleza no es el patrimonio común de la humanidad. ¿Quiere V. partidarios? Distribuya honores, prodigue riquezas, abreve de placeres; que si no tiene otra cosa que palmas de martirio, bien pronto verá desaparecer los prosélitos y los amigos, bien pronto se quedará V. con pocos rivales que le disputen la auréola de

una vida de padecimientos y de una muerte afrentosa.

A decir verdad, no creía yo que debiese hallarme en la precisión de recordarle á V. estas verdades, que por tristes, no dejan de ser verdades; imaginábame que siendo V. escéptico debía de ser algo más *positivo*; y que viviendo en épocas de vicisitudes, habría aprendido á conocer mejor á los hombres, y á formarse ideas más exactas sobre las inclinaciones de nuestro corazón.

El buen sentido de la humanidad ha rechazado en todos tiempos esa invención filosófica de las ventajas de la persecución: los tiranos se han engañado algunas veces abusando desmedidamente del hierro y del fuego; pero en medio de sus excesos andaban guiados de una idea verdadera, cual es, que para destruir una causa ó sufocar una doctrina, es un excelente medio el erizarlas de peligros y de males para cuantos intenten seguirlas. Yo ando buscando en la historia los buenos efectos de la persecución en pro de la cosa perseguida; y no los encuentro. Hallo una excepción en el cristianismo, pero esto mismo me lleva á pensar que la causa de la excepción está en la omnipotencia de Dios. El apedreamiento de S. Esteban inauguró una era de triunfos, abriendo el glorioso catálogo de los mártires cristianos; pero la cicuta de Sócrates no veo que les inspirase á los filósofos el deseo de morir: la *prudencia* ganó mucho terreno; Platón al anunciar ciertas verdades delicadas cuida de cubrirlas con cien velos.

Pasando á tiempos posteriores, observo el mismo fenómeno: así por ejemplo la secta de los Priscilianistas contra la cual se desplegó mucho rigor, veo que se encontró atajada en sus progresos hasta extinguirse casi del todo. Una de las religiones que más extensión han alcanzado, fué sin duda la de Mahoma; y por cierto que sus progresos no se debieron á la persecución, sino á las armas con que arrolló á sus adversarios, y á los halagos con que arrastró gran número de prosélitos. Cuando las guerras religiosas del Mediodía de la Francia en tiempo de los Albigenses, tampoco veo que estos sectarios medrasen con la contra-

riedad; muy al revés, fuéronse disminuyendo cada día hasta llegar á un estado de postración y casi aniquilamiento.

Me dirá V. que el protestantismo cundió y se arraigó á pesar de todos los contratiempos que tuvo que sufrir; y que así como la llamada reforma se extendió á pesar de las persecuciones, no es extraño que aconteciese lo propio con respecto al cristianismo. Yo no sé dónde han encontrado Vds. estas tremendas contrariedades y persecuciones sufridas por la malhadada reforma; no parece sino que estamos hablando de las épocas de los jeroglíficos, pues que de tal manera se trastornan los hechos, y se hacen comparaciones absurdas.

Echemos una ojeada sobre la historia de los primeros tiempos del protestantismo, y veremos que estuvo muy distante de deber sus progresos á las ponderadas persecuciones. En Alemania, desde el momento de su aparición, contó de su parte muchos y muy poderosos sostenedores: entre ellos varios príncipes que lo manifestaron abiertamente, ora protegiendo por varios medios la difusión y el arraigo de las nuevas doctrinas, ora apelando á las armas, cuando creyeron llegado el caso de emplear la violencia. Lo que en Alemania, aconteció á poca diferencia en los demás países del continente, más ó menos infestados por el protestantismo; sin exceptuar la Francia, donde es bien sabido que á más de los patronos que encontró en las clases elevadas, pudo contar durante mucho tiempo con uno que valía para todos: Enrique IV. No es menester recordar la historia de Enrique VIII de Inglaterra; nadie ignora de cuáles medios echó mano este violento monarca para propagar y arraigar el cisma á que le lanzara su ciega pasión; y el sistema de este perseguidor continuó en los reinados siguientes, con igual sino con mayor recrudescencia.

A poco de haber nacido el protestantismo ya tenía en su favor grandes ejércitos, poderosos príncipes, naciones enteras; ¿qué punto de comparación hay entre la propaga-

ción de la llamada reforma y la de la religión cristiana? Si no le faltaron algunos que se sacrificaron por ella, recuerde que en esto no sucedió sino lo mismo que se verifica en todas las causas civiles: siempre de uno y otro lado se ven fogosos partidarios que ó mueren peleando en el campo de batalla, ó tienen bastante aliento para arrostrar los cadalsos.

Figurémonos que por espacio de tres siglos hubiese debido luchar con las horribles persecuciones de que fué víctima el cristianismo: ¿dónde estaría actualmente? ¿Queréis saberlo? observad lo acontecido en los países donde se le reprimió con mano fuerte. En Francia tuvo diferentes alternativas de indulgencia y de rigor, pero tan pronto como se emplearon contra él las medidas severas con alguna perseverancia, fué debilitándose, casi hasta llegar á desaparecer. ¿A qué estaba reducido algún tiempo después de la revocación del edicto de Nantes? Jamás ha podido reponerse de los golpes que le descargó Luis XIV; siendo de notar que aun en la actualidad, después de tantos años de tolerancia, es todavía muy insignificante. En aquel país, la inmensa mayoría está dividida entre el catolicismo y la incredulidad.

Lo sucedido en España puede darnos una idea de la fortaleza del protestantismo para hacer frente á la persecución. Sabido es que á mediados del siglo xvi había alcanzado bastantes prosélitos, siendo tanto más peligrosos, cuanto pertenecían á categorías distinguidas. La Inquisición sostenida y alentada por Felipe II, desplegó contra los sectarios el rigor que nadie ignora: al cabo de poco, ya no se hablaba de partidarios de las nuevas doctrinas. ¿Era esta la conducta de los primeros cristianos? ¿Abandonaban tan fácilmente el terreno donde habían logrado hacer algunas conquistas? Dígalo el mundo entero, dígalo especialmente esta misma España, regada y fecundada con la sangre de tantos mártires. Nada vale el alegar el rigor de la Inquisición; este rigor no podía por cierto compararse con el empleado por los procónsules del imperio; por más

horribles que se quieran pintar las penas aplicadas á los herejes, no se las encontrará semejantes á las que sufriera S. Vicente.

Lo que se ha dicho de España, puede decirse de Portugal y de Italia; por manera que el protestantismo no llegó á conservarse en ninguno de los países en que se vió precisado á arrostrar una contrariedad sostenida. Donde se trató seriamente de extirparle, fué extirpado; presentando un contraste notable con el catolicismo, que aun en los reinos donde sufrió mayores quebrantos se ha conservado siempre, sin que sus perseguidores hayan alcanzado á lograr su completa desaparición. En confirmación de esta verdad recuérdese lo sucedido en la Gran Bretaña.

Yo no sé, mi estimado amigo, qué es lo que puede responderse á las razones que acabo de exponer; paréceme que después de haberlas leído, se le habrá presentado á V. algo más robusto el argumento que se funda en la *sangre de los mártires*. Examine V. con detención é imparcialidad este grande hecho que hace á la vez honrosas y sublimes las primeras páginas de la historia de la Iglesia; y no dudo que verá en él algo de maravilloso, que no es posible explicar por causas naturales. Creo haber desvanecido las dificultades que le impedían á V. el dar á nuestro argumento toda la importancia que se merece. Como quiera, estoy seguro de que no podrá V. echarme en cara que haya esquivado el tratar la cuestión bajo todos los aspectos, ni procurado disminuir en lo más mínimo la fuerza de la dificultad, para no hallarme en la precisión de deshacerla. Si no he podido avenirme con ideas que daba V. por recibidas, tampoco me he tomado la libertad de rechazarlas, sin aducir las razones en que me apoyaba. Tratando uno con escépticos, es preciso no mostrarse crédulo en demasía; y por consiguiente conviene no aceptar sin examinar, aun cuando sea necesario contradecir autoridades filosóficas que pasan por respetables. Mucho desearía que pudiésemos continuar discutiendo sobre los motivos de credibilidad; pero atendido el curso que va tomando la

polémica, no sé si después de haber andado V. primero por el infierno, y después por los cadalsos de los mártires, otro día se me plantará de un vuelo entre los conciertos de los querubines. Entre tanto, vea V. en qué puede complacerle este S. S. S.—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 1.º de Julio de 1843.)

LA POBLACIÓN.

ARTÍCULO 2.º

Dijimos en el artículo anterior que en estas materias, el prurito de mirar las cosas en grande, calculando por lo que resulta de las colecciones de muchos datos, ha hecho que se descuidase el examen de lo que sucede en cada familia. Esto último, si bien más sencillo y aislado, tiene en cambio la ventaja de ser más susceptible de una observación minuciosa; y con las modificaciones correspondientes, no deja de poder conducir á resultados generales. Creemos también, que el deslumbramiento producido por el oropel científico acarrea frecuentemente el olvido ó el desprecio de las lecciones que nos da la simple prudencia: esa prudencia preferible muy á menudo á las concepciones de la razón.

Si bien se observa con tanto discurrir y calcular, al fin los economistas han venido á conformarse con lo que en todas épocas ha estado diciendo el buen sentido de la humanidad. Pregúntate al hombre más rudo si conviene que se aumente la población, y desde luego os dirá, que según cómo y de qué manera. ¿Estáis en un país donde hay